

HAKAN GÜNDAY

MI NOMBRE  
ES ZAMIR

Traducción de Suleyman Matos



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Título original: *Zamir*

Zamir, © 2021 by Hakan Günday

© Kalem Agency

Publicado por acuerdo con Walkabout Literary Agency

© De la edición en castellano: Bunker Books, 2025

© De la traducción: Suleyman Matos, 2025

Ilustración de cubierta: © Emre Orhun

Fotografía de solapa: © Selen Özer

Diseño de cubierta: © Bunker Books

Bunker Books S.L.

Cardenal Cisneros, 39, 2º - 15007 A Coruña

[www.bunkerbooks.es](http://www.bunkerbooks.es)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-128919-3-5

Depósito legal: CO 740-2025

Impreso Ulzama Digital

A todas las mujeres asesinadas por ser mujeres

De igual manera a como comercializamos un refresco o un detergente, así vendemos también la paz... Al igual que se publicita la guerra, así también convertimos la paz en un anuncio publicitario.

John Lennon

## LA BOMBA Y EL BEBÉ

Entonces, todo en este mundo es metralla. En realidad, una nube de metralla para ser más exactos. Y de ahí que las galaxias y cualquier cosa se expandan y distancien. Y de ahí que el universo se desplace violenta y simultáneamente en todas direcciones. Tarde o temprano acaba por impactar contra algo o algún lugar. Tarde o temprano acaba por causar extinciones y desapariciones. Y así la Vía Láctea, el Sol en su interior, el planeta Tierra que lo circunvala y todas las personas que lo habitan junto con todos sus pensamientos no son más que metralla. Y sus pensamientos, creencias, emociones y todos sus inventos. Todo. Y es que el ser humano existe para ser inseparable del ser humano. Porque si no fuese así... porque si todo lo que tiene que ver con el ser humano no fuese metralla, no se hubiese producido cuarenta años antes aquella explosión en el campo de refugiados de Al-Aman en la frontera turco-siria. Y así, un bebé de seis días no hubiese terminado atrapado en una tormenta de bolas de acero y ese pequeño rostro no se hubiese roto en pedazos. Pero lo hizo. Tres de esas canicas incandescentes remataron alojadas en su cabeza. Una en la mejilla izquierda, otra bajo el ojo derecho y otra más se le clavó en la carne de la barbilla. Como consecuencia, cada célula que encontraron en su camino se derritió y se formaron tres profundos cráteres en su rostro. En resumidas cuentas, que todo en este mundo es metralla.

Si no fuese así este libro no existiría.

Uno de los que encontró al bebé después de la explosión fue Yusuf Alí. Un poeta de Alepo. Años más tarde describió aquel momento de esta manera:

«Habían instalado una tienda junto a nuestro contenedor. Para una mujer recién llegada. Ella era la que estaba cuidando al bebé. A la caída de la tarde el campamento se encontraba en silencio. Por eso oímos su llanto. Lloraba sin descanso. Incluso nos quejamos de que no nos dejaba dormir... Entonces explotó la bomba. Corrimos a su lado. Al momento vimos su rostro cubierto de sangre. Su respiración era agitada. No ha muerto, nos dijimos. No había muerto, pero... ya no lloraba. Nos miraba en silencio. Pero miraba de hito en hito. ¿Conoces esa forma de mirar de los bebés? Como si te estuviesen interrogando. Y es que en realidad estaba pidiendo una explicación. Todos lo entendimos. ¿Pero qué habíamos entendido en realidad? Nada. ¿Le dimos alguna explicación? No.»

Esa noche se libró una batalla a vida o muerte en el quirófano del hospital del campamento, que se había salvado de la bomba. Asbjörn, un cirujano de Stavanger de treinta y dos años, luchó durante tres horas como una auténtica remalladora para recomponer el rostro destrozado del bebé. El corazón del bebé se paró tres veces durante la intervención pero Asbjörg no se amilanó. Tan solo en una ocasión se le empañaron los ojos. Pero la enfermera que lo asistía era veterana —sabía de qué iba aquella batalla— y enjugó las lágrimas del cirujano de la misma manera que lo hacía con el sudor de su frente. Cuando por fin amaneció, aunque lo que había quedado alrededor de los ojos del bebé no parecía una cara, por lo menos era un trozo de carne capaz de respirar. Solo entonces

pudo Asbjörn agradecerle a la enfermera que hubiese enjugado sus lágrimas. A continuación, la mujer le ayudó a quitarse el delantal cubierto de sangre y, como conocía a las personas tan bien como conocía la guerra, dijo:

—¿Qué lágrimas?

Cuando lo trasladaron a cuidados intensivos, los dos médicos que atendían a los demás pacientes abandonaron por un momento sus tareas para felicitar a Asbjörn por su trabajo, a lo que este no replicó nada. Al abandonar el hospital prefabricado y dirigir la mirada al insondable azul del cielo quiso inspirar profundamente pero no fue capaz. Ya fuese por los dos paquetes de tabaco que fumaba al día o porque ya no le quedaba paciencia para nada en este mundo, oxígeno incluido, cuando intentó tomar aire solo consiguió comenzar a toser. Mientras se dirigía hacia el contenedor que llevaba catorce meses haciendo las veces de su hogar se percató de algo: no estaba cansado. A pesar de no haber dormido nada en toda la noche y de haberla pasado de pie no percibía el más mínimo atisbo de cansancio. Y entonces se dio cuenta: no sentía nada. Como si nunca fuese a volver a sentir nada en lo que le quedaba de vida.

Asbjörn entró en el contenedor. Se sentó en la cama. Quería hablar con su mujer, allá en Stavanger. Aunque para ello no necesitaba llamarla, porque en el mismo momento de alargar el brazo hacia el teléfono que estaba en la mesita de noche ya había comenzado a escuchar la conversación en su cabeza. Sabía lo que ambos dirían.

Asbjörn diría que tenía la intención de renunciar a su trabajo en el campo y regresar a Noruega y ella le preguntaría el porqué de esa repentina decisión. Asbjörn no le mencionaría el bebé para que aquella maestra de Primaria no tuviese que preocuparse por ninguna bomba y, en vez de ello, le diría:

—Porque os extraño mucho, a ti y a los niños.

Entonces su esposa le recordaría que había firmado un contrato para trabajar en el campamento de El-Aman durante veinticuatro meses y le insistiría para que se quedase. Escucharía en silencio a aquella mujer y recordaría los días en que ella le gritaba:

—¡No puedes marcharte! ¡Tu familia te necesita! —Y cuando intentase convencer a su esposa le oiría decir las siguientes palabras—: Pero cariño, es un deber sagrado... Alguien tiene que hacerlo... Esas personas desesperadas necesitan un médico, un cirujano...

Asbjörn dio por concluida aquella conversación imaginaria y, mientras miraba la pantalla en negro del móvil que llevaba toda la noche apagado, tomó una decisión: en cuanto se asegurase de que la salud del bebé no empeoraría y no moriría en un futuro próximo, dejaría el campamento de El-Aman sin más explicación y regresaría a Noruega. No fue la única decisión que tomó.

Volvió a dejar el móvil sobre la mesilla de noche y sacó una caja de la maleta que guardaba bajo la cama. Alrededor de la caja se enroscaba un arrugado lazo de raso carmesí y en la tapa se leía *El Massaya*<sup>1</sup>. Quiso deshacer el nudo pero el temblor de manos se lo impidió. Rompió la caja en pedazos, como un animal salvaje, y sacó una botella azul de su interior. La luz que entraba por el ventanuco del contenedor cayó sobre aquella botella, regalo meses atrás de un colega beirutí por Año Nuevo. Contempló el brillo del sol a través de aquel cristal azul. Como detestaba su olor anisado ni siquiera se le había pasado por la mente abrirla hasta ese día. Pero ya no sentía nada. Ya nada odiaba o rechazaba. Años más tarde, Asbjörn diría sobre el momento en que decidió abrir la botella:

---

<sup>1</sup> Una marca libanesa de arak, un destilado anisado de alta graduación (todas las notas son del traductor).

«Por aquel entonces yo no bebía. Pero algo sucedió esa mañana. Cuando salí de la operación me encontraba abotargado. Todo mi ser se hallaba entumecido. Mi mente, mis pies, mi nariz, todo yo. Y entonces me entró miedo. Temí que aquel abotargamiento ya no fuese a terminar nunca. Y fue por eso... por si aquella insensibilidad continuaba... que abrí la botella y le otorgué el control. Así fue como terminé bebiendo dos litros de whisky al día. Me convertí en un alcohólico. Así creo que fue cómo ocurrió. Porque continuó sin sentir nada. Es solo que... ¿Sabes ese primer trago del día? En el momento en que tomo el primer sorbo. ¡Es entonces cuando siento algo! Es al anhelar ese primer sorbo que por un momento siento algún tipo de conexión con este mundo.

¡Durante unos segundos incluso me siento feliz! Es por eso que hay algo de lo que estoy seguro: ¡Si un alcohólico no ansía ese primer trago del día como a su propia vida es que no merece seguir vivo! Es más, ese primer trago le recuerda al alcohólico su dependencia del alcohol. En ese instante comprende que no puede vivir sin alcohol. Pero el ser humano es como un animal estúpido que tan solo al final de su existencia alcanza a entender su vínculo con la vida. En su mismísimo último aliento. ¡Más de un alcohólico no se percata hasta ese último aliento de que solo ha estado sobrio durante ese primer sorbo! Y entonces estira la pata entre llanto y arrepentimiento. Aquella noche el bebé murió tres veces y tres veces resucitó. Creo que ese bebé lo entendió todo nada más nacer. Le bastó un vistazo para entender lo preciosa que era su vida. Estoy seguro de que tomó su primer aliento con la misma ansia con que yo tomo el primer trago del día. Ese bebé nació amando ya la vida. Por eso no murió aquella noche. No fui yo quien salvó su vida; se salvó a sí mismo. Y de paso me salvó a mí. Porque fue gracias a ese bebé que descubrí que no era un auténtico cirujano y que nunca lo sería. Porque mis sentimientos eran demasiado intensos. Porque le daba demasiadas

vueltas a las cosas. Un cirujano debe ser insensible como un jefe de Estado. ¡Así debe ser! No sé, como cualquier jefe de Estado que alguna vez haya iniciado una guerra en alguna parte, por ejemplo. En resumen, que debería poder decirse a sí mismo, como haría ese dirigente, no pienses en los rostros de esos niños achicharrados. No pienses en sus piernas amputadas ni en sus panzas reventadas. ¡Haz tu trabajo! ¡No pienses en nada! ¡Que se jodan esos bebés!»

Por supuesto, no fue por casualidad que se hubiese escogido para la detonación el campamento de refugiados de El-Aman de entre las que se distribuían junto a la frontera. A diferencia de los otros asentamientos, para los refugiados de Al-Aman existía una posibilidad real de alcanzar una nueva vida. Gracias a las conexiones internacionales de los gestores del campamento, los habitantes de El-Aman podían aspirar a salir de allí y algún día volver a reunirse con los que habían dejado atrás, en sus casas. Al fin y al cabo, el día en que un refugiado deja su hogar y se echa al camino también se deja a sí mismo atrás. Porque, tras haber afrontado tanto dolor, la persona que se echa al camino ya no será la misma que era cuando alcance su destino. Y es que, para quienes permanecían en el campamento era posible soñar con alcanzar un día una geografía sin guerra. Incluso podría llegar un día en que esas personas obtuviesen el estatus de refugiados que merecían, de modo que sus Estados pudiesen eludir sus obligaciones legales para con sus migrantes y así consiguiesen, con el apoyo de la administración de El-Aman, reunirse en sus países de destino. Ese campamento funcionaba como una puerta entre dos dimensiones diferentes, entre un universo donde los refugiados se rebanaban el cuello unos a otros en los caminos por una gota de agua y otro donde se rebanaban el cuello unos a otros en las tiendas por

un teléfono de oferta. Fue por todo esto que la bomba explotó en El-Aman y no en cualquier otro lugar. De hecho, esa era la razón por la que el bebé se encontraba en ese campamento. La bomba y el bebé se encontraban allí por el mismo motivo.

En El-Aman había esperanza.

Nunca se llegó a saber quién había puesto la bomba. Pero sí que era evidente quién había hecho pasar la frontera a aquel bebé que había nacido en suelo turco tan solo seis días antes de la explosión. Era obvio quién lo había introducido en secreto en aquel campamento de Siria. De hecho, según Yusuf Alí, para Asbjörn estaba claro que aquel bebé, cuyo llanto había cesado por el destrozo que había causado la explosión en sus nervios faciales, nunca más volvería a llorar.

## 24 DE DICIEMBRE POR LA MAÑANA

Faltaban siete días para que el mundo entrase en un nuevo milenio cuando asistí al funeral de Asbjörn. Habría sido un momento perfecto para llorar pero no pude derramar una sola lágrima. Me resultaba imposible hacerlo al encontrarme ante un cuerpo frío y rígido, una situación que siempre me ha producido inquietud. En todo momento llevaba conmigo la botellita blanca, lista para sacarla del bolsillo y poder verter en los ojos con disimulo unas gotas de aquel líquido; la ciclosporina que me permitiría lucir una mirada llorosa. Pero al final decidí que ya había agotado mi cupo de mentiras y me senté en aquella pequeña iglesia en silencio y sin pretender engañar a nadie. Porque mis lágrimas podían ser un artificio, al igual que mi rostro, pero el dolor que sentía ante la muerte de Asbjörn —el hombre que había salvado mi vida en El-Aman cuarenta años antes— era real.

Cuando salí de la iglesia de Stavanger la ventisca de nieve ya había amainado. Ahora se extendía ante mi vista un paisaje completamente diferente y todo parecía sacado de una estampa navideña. Caminaba por una postal. Mientras bajaba la escalinata del edificio mi teléfono comenzó a sonar. Era Federico, llamaba desde Palermo. Contesté al momento con una pregunta:

—¿Se ha abierto la brecha?

—No... aún no han encontrado el momento adecuado.

—Bueno, todavía hay tiempo.

—En realidad, no. Por eso te llamo. Han adelantado la hora de salida. El envío se hará el 27 de diciembre.

—Lo que quiere decir que lo harán en Nochevieja... en medio de las celebraciones.

—Eso parece.

—Pero el juego sigue en marcha, ¿no?

—Puede terminar en cualquier momento.

—Federico, es imprescindible que se abra esa brecha en el muro antes de que el juego acabe. Si no...

Callé. Porque en cuanto bajé las escaleras y puse un pie en la acera me encontré bloqueándome el paso a la mujer de pelo blanco con la que había evitado establecer contacto visual durante la ceremonia. Aunque su esposa había abandonado a Asbjörn hacía años, nunca había dejado de amarlo y por ello nunca habían llegado a divorciarse.

Oí la voz de Federico:

—Sé que muchos morirán.

—Te llamo más tarde —le dije y corté la llamada.

La mujer de pelo blanco no dijo una palabra. Tan solo se me quedó mirando durante un momento y, sin poder contenerse, me abofeteó. Las personas que se encontraban ante las puertas de la iglesia fingieron no ver la escena mientras abotonaban sus abrigos. Al fin y al cabo, salíamos de un funeral y abofetarse no dejaba de ser una de las miles de maneras de expresar el duelo. La mujer de pelo blanco tomó aire varias veces y los ojos se le humedecieron. Parecía querer disculparse, pero no dijo nada. En vez de eso me abrazó. No había nada que compartiésemos aparte del hecho de que ambos conocíamos a Asbjörn. A aquella anciana le ocurría lo que a mí, no sabía cómo actuar al encontrarnos. Oscilaba entre el enfado y la pena, y aquello alteraba su respiración. Hasta el punto de que comenzó a temblar. Pude sentirlo. Terminó por recostar la

mejilla izquierda sobre mi pecho. ¿Podría escuchar los latidos de mi corazón? No lo creo. Mi abrigo era demasiado grueso. Puede que quedase el rastro de unas pocas lágrimas que no tardarían en secarse mientras cada uno siguiese su camino bajo la nieve. Aun así, no quería que aquel momento terminase. No quería que se apartase de mí. Porque en cuanto me retirase los brazos de los hombros volveríamos a quedar cara a cara. Y entonces se desataría en mí el dolor, primero en la frente y después en todo el cuerpo. Un sentimiento negro e intenso que se extendería como una mancha de petróleo en el mar y sería como si todo se borrara de mi mente excepto dos preguntas.

¿Por qué no morí en aquel campamento?

¿Por qué sobreviví?

Porque sobrevivir no equivale necesariamente a vivir. Para hacerme estas preguntas me bastaba con tomar aliento. Me ocurre con frecuencia, en un momento dado del día me avergüenzo de existir.

La anciana de cabellos blancos retiró las manos de mi espalda y, agarrándome por los codos, me dedicó una última mirada. Después se volvió para alejarse a paso lento. Ella sabía que debía ocultar a todos sus conocidos que había acudido aquella mañana al funeral de Asbjörn. En especial a sus dos hijos, que no habían visto a su padre en años y jamás lo habían perdonado. Por eso no tenía ningún brazo en el que apoyarse durante el camino de regreso. Se esforzaba tanto en caminar como en mantenerse en pie con su soledad.

Me quedé mirando las pequeñas huellas que iba dejando sobre la nieve que cubría la acera. Quizá estaban ahí para que las siguiera. Quizá debería hacerlo, seguirlas. En esta ocasión debería haber sido yo quien la abordase, quien la abrazase, y después ofrecerle mi brazo para que se apoyase y acompañarla. Pero no

lo hice. Porque, tal como había temido, un dolor ponzoñoso se abrió paso en mi frente, amenazando con envolver todo mi cuerpo como una camisa de fuerza para dementes. ¿Por qué motivo no había muerto en aquel campamento? No dejaba de sentirme como alguien que nunca debería haber existido. ¿Por qué sobreviví? Me sentía como alguien que se queda de pie mientras todo el mundo permanece sentado a una mesa atestada. ¿Cómo es que no morí en aquel campamento? Como esa gota que desborda. Así era como me sentía, como esa gota que nunca encuentra su lugar en el vaso y nunca encaja en sitio alguno. ¿Por qué sobreviví? Tres veces me habían descartado para este mundo y aun así tres veces había regresado. Sin olvidar que ni siquiera tengo rostro.

No importa adónde vaya, dónde me esconda ni el empeño que ponga en permanecer a solas conmigo mismo; sé que nunca seré capaz de librarme de ese sentimiento, ya sea en un ascensor vacío, una cama individual o una isla desierta. Tanto da. Allá donde me encuentre siempre sentiré que sobro. Me quedé mirando mis manos enguantadas, mis dedos estaban de más. Miré mis pies, también estaban de más. Estaba de más en el espacio que ocupaba. Mis ojos estaban de más. Con toda probabilidad no deberían haber visto todo lo que vieron, lo que estaban viendo o lo que aún habrían de ver. Cerré los ojos. Quizá la anciana de cabello blanco no había podido oír los latidos de mi corazón, pero ahora mi pecho era como un campanario. Los latidos de mi corazón eran ahora ensordecedores. Yo estaba de más, el mundo estaba de más.

¡Cálmate, esto pasará!, me dije.

Porque siempre era así. Ese dolor, ese extraño sentimiento acompañado de preguntas se presentaba de improviso como una apendicitis súbita y pasaba galopante como una ligera crisis cardíaca. He sufrido estas acometidas muchas veces en mi vida. Para esto no hay cura ni medicina. En este mundo no hay manera de

mejorar para alguien que se siente avergonzado por el mero hecho de existir. O al menos eso era lo que yo pensaba. Había pasado años bajo la espada de Damocles de este sentimiento. ¿Puede darse el caso de que nazca un niño ya poseído por el remordimiento? ¡Sin duda alguna! ¡Los propios huesos pueden romperse hasta el tuétano de puro remordimiento! En especial cuando se trata de un niño que posee un rostro tan deformado que revuelve el estómago y todo el mundo tuerce la cara para no mirarlo. La primera vez que sentí vergüenza de mí mismo fue a los seis años. Por el hecho de no tener rostro. Me moría de bochorno. A partir de entonces nunca he dejado de encontrar una y otra vez cientos de razones para la vergüenza. Si viviera mil años, otras tantas razones encontraría. Para mí siempre ha sido un misterio cómo alguien puede proyectar tanta ira y dolor sobre sí mismo. Allí parado frente a la iglesia de Stavanger, como un árbol abatido por un rayo, abrí los ojos y recompuse mi respiración. Me sentía más tranquilo. Lo que había motivado momentos antes la explosión de vergüenza que acababa de vivir era obvio: se me dio por pensar que había sido el motivo por el que Asbjörn había muerto. Encontrarse conmigo había causado su muerte. Por salvar mi vida había perdido la suya. O así lo creía yo.

Estaba siendo un día extraño. Porque no era el único en aquella acera que se sentía avergonzado por el mero hecho de existir. Allí estaban, saliendo con precipitación y un lazo azul al cuello por la puerta de la iglesia hacia la escalinata de breves peldaños. Esas personas, de conciencia taladrada por el sentimiento de culpa, me eran conocidas por Asbjörn. Aunque se esfuerzan porque no se les note, me miran y después intercambian miradas entre ellos. A pesar de las súplicas de amigos y familiares e incluso de las amenazas de volverle la espalda, Asbjörn siempre se había negado con vehemencia a someterse a tratamiento por su adicción al alcohol. Por

eso había ido perdiendo con el paso de los años todo lo que tenía en la vida, empezando por sus hijos, y cuando murió a los setenta y dos años se encontraba completamente solo. Sin embargo, a pesar de continuar emborrachándose, en sus últimos años había frecuentado las reuniones de un grupo de apoyo y terapia. Este grupo, llamado Atlantes Anónimos, había sido fundado por noruegos que no podían evitar el sentimiento de culpa por haber nacido en un país próspero, en contraste con un mundo de desposeídos. El nombre de Atlantes lo habían escogido por sentir que llevaban sobre sus hombros el peso del mundo entero. Sus relaciones sociales y sus vidas cotidianas se habían visto afectadas por ese sentimiento de culpa que no dejaba de obnubilarlos. Por ello acudían a un psicoterapeuta elegante y se esforzaban en ayudarse unos a otros contra este sentimiento de culpa que los corroía por dentro. En Noruega y países de su entorno existían organizaciones no gubernamentales y grupos de apoyo muy similares a Atlantes Anónimos.

Sea como fuere, una misteriosa depresión comenzó a propagarse entre los adultos de los países escandinavos. En las notas que tomaron los psicólogos durante sus sesiones, con el ánimo de encontrarle una explicación a aquella plaga, encontramos frases como:

«En realidad no tengo ningún problema, pero no sé por qué, no acabo de encontrarme bien. Lo tengo todo para ser feliz... pero no lo soy.»

Después de un tiempo se vio que todas estas personas tenían dos cosas en común. En general buscaban el progreso a nivel

mundial y, por ello, procuraban mantenerse informados sobre la gente que vivía sus vidas amenazadas por el hambre, la pobreza y la guerra. Así acabaron desarrollando un fuerte sentimiento de empatía. Que semejante epidemia de depresión fuese desconocida en países incluso más ricos, como los del Golfo Pérsico, no aportaba ningún alivio.

Por fin, Asbjörn había sucumbido a la depresión como cualquier persona sensible por haber nacido en un mundo sin justicia ni igualdad y terminó falleciendo de una cirrosis alcohólica. Fui la persona a quien operó. Su último paciente. A partir de entonces el paciente fue él. Aquella noche se había infectado de mi muerte. O así lo creímos ambos. La mujer de pelo blanco y yo. Pero entonces, al darnos cuenta de que aquello significaba acusar de asesinato a un bebé de seis días, nos volvimos a abrazar para no tener que seguir mirándonos a la cara. Al mismo tiempo, los miembros de aquel grupo de nombre Atlantes Anónimos también se abrazaban unos a otros en medio de la acera frente a la iglesia. A pesar de expresarse en susurros, las palabras de consuelo que intercambiaban eran perfectamente audibles y me quedé mirando cómo secaban con pañuelos sus lágrimas. Con toda probabilidad no habían conocido a Asbjörn de un modo íntimo, pero eso no tenía ninguna importancia. Porque los Atlantes Anónimos compartían un mismo dolor. Este era un mundo en el que las familias no se conformaban alrededor de la sangre, sino del dolor. Por lo tanto, no necesitaban conocer la comida favorita de Asbjörn ni su signo zodiacal para llorarlo.

La cinta azul que llevaban al cuello era el símbolo de su sentimiento de culpa. Estos escandinavos se habían sentido asfixiados por una depresión que había llegado a conocerse a nivel global y habían acabado por ser el hazmerreír del mundo entero. De hecho, no dejaba de recordárseles que Suecia es uno de los mayores expor-

tadores de armas y donde los Sami, el pueblo indígena tradicional de la región, habían sufrido discriminación y se había llegado a leer en algún titular, en referencia al Síndrome de Estocolmo, que *¡Ahora el asesino se ha enamorado de la víctima!*

Algunos de estos titulares también habían aparecido en Turquía.

Cuando no se conseguía encontrar un tema que convertir en noticia o se pretendía desviar la atención de los asuntos del país se recurría una y otra vez al asunto de la depresión escandinava y los *expertos opinadores* lo exhibían como un buen ejemplo de la hipocresía de Europa. Sin embargo, si los encargados de diseñar esos periódicos echasen un vistazo a su alrededor se darían cuenta de que también los turcos, como los escandinavos, podrían sin duda caer en la depresión a causa de las macropolíticas estatales. Después de todo, los turcos que han frecuentado durante un tiempo a un psicólogo alegando sentir depresión se expresan así:

«Siento que la gente me evita. Como si nadie me quisiese... incluso como si me odiasen. Mis amigos, mi familia... Pero no sé por qué, solo sé que me siento solo.»

Yo sabía que esas frases realmente se habían dicho porque cada tres meses llegaba a mi mesa el *Informe sobre situación psicológica individual y global de los países miembros del G20*. Como estoy siempre en movimiento y no siempre tengo la oportunidad de sentarme a esa mesa me veía obligado a leerlo en mi teléfono. Para ser sincero, descubrir que los turcos no se sienten queridos no fue ninguna novedad. Porque los titulares que se han estado oyendo durante años han sido siempre los mismos: *¡He aquí otro enemigo*

*de Turquía!* Y esos *enemigos* de Turquía le habían impuesto al país un duro embargo durante siete años. Como consecuencia, tan solo se podían adquirir en el extranjero medicamentos y alimentos. Por otra parte, tan solo habían pasado cinco meses desde que el Bundestag alemán votase y aceptase el texto de la llamada *Ley de Despedida*. De acuerdo con esta ley, los turcos que en el pasado habían emigrado en masa eran expulsados de Alemania. Ya no era *Türken Raus*, aquel grafiti amenazador que había aparecido en Kreuzberg. Ya no se trataba de un eslogan sino de la implementación de una medida política oficial. Así que, cada vez que un turco va al psicólogo y se pregunta «¿por qué nadie me quiere?», el porqué se hace evidente.

Mientras caminaba hacia el taxi que me esperaba al otro lado de la calle miraba el panel publicitario digital que dominaba la colina. Decía, en inglés y en grandes letras rojas, NUEVO MILENIO. Entonces desapareció la palabra MILENIO y MUNDO la sustituyó. MUNDO también desapareció en favor del anuncio de un casino recién inaugurado y la palabra OPORTUNIDAD hizo su aparición.

Me metí en el taxi y me senté en el asiento trasero y le dije «hola» a un espejo retrovisor que me devolvía mi reflejo.

—Al aeropuerto, por favor.

Como me cuesta mover los labios al hablar, el taxista no entendió lo que le había dicho. Ya estaba acostumbrado a que no me entendiesen. Esta vez solo dije «aeropuerto» y me recosté en el asiento.

Me puse a pensar en mi casa de Estambul. Intenté recordar el salón, la terraza, la cocina y los dos dormitorios. Pero no fui capaz. No había dormido en mi propia cama durante casi un año. Por supuesto que era capaz de describir cada rincón con todo lujo de detalles, pero la casa en sí no aparecía ante mis ojos. El que se preveía como un breve viaje de negocios en enero había termi-

nado resultando un maratón interminable. Porque aún no había cerrado un expediente cuando ya tenía otro abierto. Me vi arrastrado de un país a otro. Viviendo en hoteles por meses. Desde la ropa hasta el cepillo de dientes, todo se veía gastado y lo tenía que reponer. Lo único que tenía conmigo era una maleta y el estuche negro de un chelo. Cuando viajaba en taxi la maleta acostumbraba a ir en el maletero, mientras que el chelo ocupaba el asiento delantero, sujeto por el cinturón de seguridad, y yo me sentaba detrás. Entonces, ¿me esperaba alguien en casa? Lo recordaría si fuese así. Porque uno no se olvida de que está solo. Lo sabe por experiencia.

Justo cuando estaba llamando a Federico sonó el teléfono. Era Grace, de Londres. Estaba en un momento de mi vida en que siempre contestaba al teléfono con una pregunta.

—¿Lo has conseguido?

—Sí. Fue difícil, pero lo he conseguido.

—¿Lo has contrastado con el informe oficial?

—Estoy en ello ahora mismo...

—¿Y?

—Tal cual como habíamos anticipado. Todas las cifras son falsas. Bangladesíes, pakistaníes, caribeños, asiáticos... Sus *coeficientes de ponderación* se han reducido a la mitad. ¡Todas las puntuaciones de las minorías se han desplomado!

—Obviamente, Grace.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ya te informaré —le dije. Y corté la llamada.

Respiré hondo y renuncié a llamar a Federico. Porque en ese momento ya solo quedaba esperar a que se abriera la brecha. Esa brecha se abriría en la pared de una celda que se hallaba en la base naval de Estados Unidos en Sigonella, en la isla de Sicilia. Así Chasta, el prisionero que llevaba tres años ocupando esa celda, un Sioux de la tribu Oglala, alcanzaría a mirar por ese pequeño

agujero en la pared y así podría al fin vislumbrar la verdad. Si es que ese agujero se abría a tiempo, claro. Es decir, antes de que Chasta abandonase la celda. Y lo que era aun más importante, antes de que terminase el juego.

Saqué la botellita blanca del bolsillo. Me eché unas gotas en cada ojo. Miré mi reflejo en el espejo retrovisor y me dije que ya me estaba haciendo falta. Ahora sí que tenía un rostro que encajaba con mi estado de ánimo. Me recosté en el asiento y miré por la ventanilla. Mientras veía cómo se reanudaba la nevada me imaginé llorando. Primero en silencio y después con auténticos sollozos.

Ese día, en el taxi que me llevaba al aeropuerto, mientras me secaba con la punta de los dedos aquellas lágrimas de mentira que caían por mis mejillas, no tenía ni idea de que todo se disponía a cambiar en pocos días. Y es que estaba a punto de llegar un momento mágico que me transformaría en una persona diferente. Por fin mi propia existencia cobraría sentido. Estaba a punto de sentirme realmente vivo por primera vez desde que había nacido cuarenta años antes. Lo principal es que al fin hallaría la respuesta a dos preguntas.

¿Por qué no había muerto en aquel campo?

¿Por qué había sobrevivido?

Porque me encontraba a punto de cambiar el mundo.

## PALAZ Y EL-AMAN

Ninguna organización se atribuyó la responsabilidad por el atentado de El-Aman. Por ello, los servicios de inteligencia y las fuerzas especiales se afanaron en localizar a todos los grupos armados que operaban en la región, algo que en realidad no servía para mucho en una zona de conflicto. Porque en una guerra, quien decide qué ataques a civiles se juzgan son quienes establecen los tribunales al final de la contienda. Por lo tanto, por regla general los que establecen esos tribunales son los que ganan la guerra, los autores rara vez pagan el precio de sus acciones y la factura se les pasa a terroristas suicidas.

Lo que distingue a los explosivos caseros de otras bombas es que las sustancias que se usan para fabricarlos son legales. Estos explosivos se producen con sustancias accesibles a todo el mundo. Por lo tanto, al final no hay mucha diferencia entre el dueño de una fábrica ilegal de armas que produce a gran escala, los generales que venden armamento procedente de los almacenes de su propio ejército o los traficantes ilegales que trabajan a comisión. Por lo tanto, en los explosivos caseros, desde quien los fabrica hasta quien los va a usar son responsables de que sean más baratos que otras bombas y es imprescindible el concurso de la creatividad de alguien a la hora de producirlos para que sean instrumentos efectivos para masacres. Estados Unidos, que fue el primer y único país en lanzar bombas atómicas sobre seres humanos, tuvo que tomar de su propia medi-

cina cuando el embargo económico al que sometió a Irán alegando que estaban enriqueciendo uranio hizo que se detuviese el proceso de fabricación de armas convencionales, algo que no afectó a la producción de explosivos caseros. Su producción, sin embargo, pudo impedirse tras la explosión porque, solo a raíz de las investigaciones que se llevaron a cabo tras la explosión, fue posible identificar la sustancia activa e imponer restricciones comerciales. De inmediato, se dedicaron sin descanso a buscar las sustancias legales que les permitieran esquivar estas restricciones y continuar produciendo explosivos caseros. Por ejemplo, si se imponen restricciones al nitrato de amonio usado en la elaboración de fertilizantes para la agricultura, siempre encontrarán la manera de hacerse con el nitrato de potasio empleado en la industria farmacéutica como alternativa. Como en ese momento tanto Siria como los países vecinos habían impuesto restricciones a la comercialización del clorato de potasio, la bomba de El-Aman se había fabricado recurriendo al peróxido de hidrógeno empleado en la industria papelera. Como metralla habían usado dos kilos de bolas de acero. Lo colocaron todo en un botiquín de primeros auxilios que a su vez metieron en una bolsa que alguien introdujo en secreto en el campamento y depositó en un contenedor de basura ubicado justo detrás de unos inodoros portátiles.

Esto es cuanto se pudo saber de la explosión en El-Aman, a lo que quizá se podría añadir lo siguiente: los que preparan estos explosivos caseros son personas que pertenecen por entero al mundo moderno que, siempre a la búsqueda de la manera de mejorar a la hora de enfrentarse a sus adversarios, se dedican a predicar sobre las razones que justifican su uso de la fuerza contra sus *objetivos* de acuerdo con un *pensamiento positivo*. Basta con que haya alguien tomando su medicación, comiéndose unas verduras o leyendo un libro; cualquiera puede terminar volando por los aires como les ocurrió a los diecisiete heridos y a los cuatro muertos en El-Aman.

Como son personas muy modernas no tienen ningún problema en que los muertos y heridos sean civiles, incluso lo prefieren si con ello creen que alcanzarán mejor sus objetivos. Porque saben cómo se administra la memoria en el mundo moderno, es decir, saben que es posible decidir qué se olvida, qué se recuerda y cómo se recuerda.

Pongamos por caso una organización armada que lucha por la independencia y que en el pasado destrozó el rostro a un bebé con una de sus bombas caseras y más tarde crea un Estado llamado Final Feliz que recauda impuestos y consigue que todo aquello se borre de la memoria colectiva, incluso llegarán a proclamar la fecha de la explosión en el campamento de refugiados como fiesta nacional y celebrarán cada año ese día como su aniversario de independencia. Al contrario que con la bomba, sí existía una persona que sabía quién había llevado el bebé a El-Aman era Raif. El bebé había llegado al campamento en brazos de su madre Zerre, de quince años. Zerre se fue directa a donde se encontraba el único olivo del límite sur del campamento y se encontró con Raif, que la esperaba al otro lado de la alambrada. Había conseguido negociar con los contrabandistas que suministraban de todo a los residentes en el campamento que —por tres cartones de tabaco— se abriese en aquel mismo momento una brecha en la valla que tuviese el tamaño suficiente para hacer pasar a un recién nacido. Zerre besó al bebé por última vez a la sombra de aquel olivo y lo pasó a través de la verja, dejándolo en manos de Raif.

Aquel día Zerre abandonó al bebé en un campamento de refugiados. Es obvio que no le resultó una decisión fácil de tomar. De hecho, no fue una decisión que hubiera tomado ella, sino que le vino dada. A Zerre no le había quedado otra opción. La vida de Zerre había transcurrido en la desesperación, al contrario que la de los fabricantes de la bomba casera, para los que era posible decir que siempre hay una alternativa.

Había nacido en Palaz, el pueblo más pobre de Turquía, situado a cuatrocientos metros de la frontera con Siria y a seiscientos de El-Aman. A la edad de un año Zerre ya caminaba y a los dos hablaba, a los once dejó de caminar cuando se le prohibió salir de casa y a los doce dejó de hablar cuando se enteró de que la iban a casar, a los trece huyó de casa con intención de buscar refugio en la Gendarmería pero fue interceptada antes por su marido, que le dio una buena paliza, a los catorce intentó refugiarse en la muerte pero fue salvada antes por su marido, que le dio una buena paliza, a los quince se quedó embarazada y recuperó el habla. Por supuesto, nunca había ido a la escuela porque ni siquiera constaba en el registro civil. A pesar de ello había intentado aprender a leer. Pero como el único libro que había en la casa era un Corán en árabe colgado de la pared pensó en cuál sería la mejor manera de resolver el problema con lo que tenía a su alcance y se puso a buscar todos los textos que hubiese en alfabeto latino. Todo lo que pudo encontrar fueron folletos lanzados desde aviones por las fuerzas aéreas de Turquía, Francia, Estados Unidos y Rusia. Cada uno de los folletos había sido diseñado para los miembros de alguna de las organizaciones armadas involucradas en la guerra civil de Siria y para los simpatizantes civiles que daban su apoyo a dichas organizaciones. Cada país pretendía establecer contacto con cada uno de los grupos con un panfleto diferente. Aunque estos folletos se lanzaban sobre el espacio aéreo sirio el viento los arrastraba hasta Palaz. Así fue como Zerre se hizo con una buena colección de folletos militares. A pesar de todos sus esfuerzos, Zerre no consiguió aprender a leer pero se dio cuenta de que en la guerra de Siria participaba gente venida de todas partes del mundo y sí llegó a poder reconocer palabras como «¡Rendíos!» o «¡Entregaos!». Aunque no tenía ni idea de a quiénes se referían...

Mientras muy lejos de allí, las quinceañeras paseaban por la calle con la única preocupación de no chocarse con una señal por ir

mirando sus teléfonos móviles, Zerre, que tenía prohibido levantar la cabeza y mirar a su alrededor cuando cruzaba la plaza del pueblo, chocó intencionadamente con Raif como si hubiese chocado con una rama. Zerre tenía muy claro que había nacido en un mundo en el que asignar todo premio o castigo era una tarea reservada en exclusiva a los hombres y entendía a la perfección que la única manera de liberarse del yugo de un hombre era someterse al de otro. La razón por la que había escogido a Raif era porque cada mañana cruzaba los límites de El-Aman para llevar pan en su camioneta. Y para la gente de Palaz, El-Aman era El Dorado, una ciudad de cuento de hadas.

Los que, como Raif, tenían la oportunidad de ver el interior del campamento no dejaban de hablar de él. Incluso los que solo lo habían visto una vez no dejarían de hablar de ello durante semanas, añadiendo detalles nuevos cada vez. Porque allí tenían todo lo que no había en el pueblo: guardería, escuela, biblioteca, hospital, oficina de correos, calefacción, grifos con agua corriente e incluso un cine... Y además era todo gratis. En Palaz también había luz eléctrica, pero en El-Aman era gratis. Se suministraban tres comidas al día y todos los meses recibían la visita de un deportista o un actor o actriz de fama mundial que venía acompañado de la prensa. Lo único que podían hacer los habitantes de Palaz era subirse a los tejados aterrazados de sus casas para ver a la multitud y a estas visitas de relumbrón desde seiscientos metros de distancia y después reunirse en el café del pueblo y encender la tele para ver qué estaba pasando. Porque estas visitas siempre aparecían en televisión y los comentaristas siempre contaban la misma historia: «¡La siguiente parada para los que se alojan en El-Aman es Europa!». Algunos incluso acababan en Australia. Puede que hasta en Estados Unidos. Como si el mundo entero estuviese esperando con los brazos abiertos a quienes venían de El-Aman. Pero no sabían nada de los que estaban en Palaz, a tan solo medio kilómetro. En ningún canal de televisión

se mencionaba Palaz, allí no se recibía ninguna visita. Ni los funcionarios del Estado que había en la región se acordaban del nombre de Palaz. La llamaban la aldea de la *frontera*. Quizás fuese así. Aquella aldea no era más que una frontera. Y El-Aman estaba más cerca de Palaz que de Şanlıurfa, de Mersin o, por supuesto, de Estambul.

Por ello los niños de Palaz, al igual que sus padres, tíos y hermanos mayores, no pensaban en buscarse una vida mejor en ninguna de esas ciudades, sino que soñaban con encontrarla en El-Aman. Así que llegaba un momento en la vida de cada niño de Palaz en que se daban cuenta de que eso era imposible y el sueño estallaba en pedazos. Era un sueño que se rompía como le ocurre a los niños que muy lejos de allí descubren que Papa Noel no existe. A fin de cuentas, El-Aman había sido creado para los fugitivos de una guerra civil, no para los que vivían en paz. Aunque no quisieran admitirlo, había niños de cinco o seis años que rezaban para que en Turquía estallase una guerra civil. Y cuando sus madres los pillaban haciendo estas preces les arreaban un buen tortazo y solo les quedaba salir a los tejados de sus casas a secarse las lágrimas y continuar con la vista puesta en El-Aman. De hecho, se mostraban enfadados. Su ira iba dirigida en especial a los niños de su edad que vivían en el campo y a quienes ni siquiera conocían. Creían que esos niños, al contrario que ellos, eran unos suertudos. ¡Suertudos y felices! Porque podían ver desde las terrazas de sus casas que en El-Aman incluso tenían una noria en un pequeño parque de atracciones. A lo mejor no habría suscitado tanta envidia si por lo menos no funcionase, pero es que no dejaba nunca de dar vueltas, como si quisiese sacar de sus casillas a los niños de Palaz. Y por si esto fuera poco, cuando se ponía el sol relucía con bombillas de colores. Para aquellos niños tener que ver aquella noria iluminada desde la distancia sabiendo que nunca podrían alcanzarla era más doloroso que una bofetada de sus madres. Incluso Zerre había

llorado siendo aún una niña al ver aquellas luces coloridas desde la terraza de su casa y no cuando su madre le había cruzado la cara al oírle decir «¡Ojalá hubiese una guerra aquí!».

Zerre había crecido suspirando por un lugar en el que nunca pondría un pie. Y fue por esto que Zerre, a pesar de estar ya embarazada de seis meses, hizo por toparse con Raif al ir caminando por el pueblo y por establecer contacto visual con el joven. Porque deseaba para el hijo que estaba por nacer lo que había soñado ya antes para sí misma. Quizá no podría conseguirlo para ella, pero existía la posibilidad de introducir el bebé en El-Aman. Hasta lo decían en la televisión, que de El-Aman se podía salir para acabar en la otra punta del mundo. Claro que a Zerre le hubiese gustado acompañarle en ese viaje, pero para ella había pasado ya el tiempo de saber que Papa Noel no existía. Incluso aunque lograrse colarse en el campamento rápido se enterarían de dónde venía y la devolverían a su pueblo. Pero un recién nacido no tenía idioma, religión ni nacionalidad. Por lo tanto, su lugar de nacimiento sería el lugar donde lo encontrasen. Y si ese lugar tenía que ser uno rodeado por los cuatro costados de alambre como El-Aman, la madre de ese bebé ya había tomado la decisión de que viviese en ese campamento. Y tampoco sería el primero.

Que apareciese un recién nacido entre dos contenedores o dos tiendas no era nada extraordinario en El-Aman. De hecho, era algo habitual a ambos lados de la frontera. Porque en ambos países las mujeres siempre nacen como prisioneras de guerra aun en tiempos de paz. Ya nacen con la guerra perdida y presas de los hombres. Por eso en ambas tierras era tan habitual que una mujer decidiese abandonar a su recién nacido como que pasase toda su vida sufriendo la agonía de ser una prisionera de guerra; incluso era habitual que terminase siendo ejecutada salvajemente a la vista de todos como tal.